

co, seré siervo libertado de Jesucristo, y resucitaré en él del todo libre. Agora aprisionado por él, aprendo á no desear cosa alguna vana y mundana. Desde Siria hasta Roma voy echado á las bestias. Por mar y por tierra, de noche y de día voy atado á diez leopardos, que bien tratados se hacen peores. Mas sus excesos son mi doctrina, y no por eso soy justo. Deseo las fieras que me están aguardando, y ruego verme presto con ellas; á las cuales regalaré y convidaré que me traguen de presto, y que no hagan conmigo lo que con otros, que no osaron tocarlos. Y si ellas no quisieren de su voluntad, yo las forzaré que me coman. Perdonadme, hijos, que yo sé bien lo que conviene. Agora comienzo á aprender á no apetecer nada de lo que se ve ó no se ve, á fin de alcanzar al Señor. Fuego y cruz y bestias fieras, heridas, divisiones, quebrantamientos de huesos, cortamientos de miembros, desatamiento de todo el cuerpo, y cuanto puede herir el demonio, venga sobre mí, como solamente gane yo á Cristo. Nada me servirá toda la tierra, nada los reinos deste siglo. Muy mejor me es á mí morir por Cristo que ser rey de todo el mundo. Al Señor deseo, al Hijo verdadero de Dios, á Cristo Jesus, al que murió y resucitó por nosotros. Perdonadme, hermanos míos, no me impidais el caminar á la vida; que Jesus es la vida de los fieles. No queráis que muera yo; que muerte es la vida sin Cristo.—

»Mas veamos agora cómo arde san Gregorio el teólogo. — ¡Oh luz del Padre! dice (a), ¡oh palabra de aquel entendimiento grandísimo, aventajado sobre toda palabra! Oh luz infinita de luz infinita! Unigénito, figura del Padre, sello del que no tiene principio, resplandor que juntamente resplandeces con él, fin de los siglos, clarísimo, resplandeciente, dador de riquezas inmensas, asentado en trono alto, celestial, poderoso de infinito valor, gobernador del mundo, y que das á todas las cosas fuerza que vivan. Todo lo que es y lo que será, tú lo haces. Sumo artífice, á cuyo cargo está todo, porque á tí, oh Cristo, se debe que el sol en el cielo con sus resplandores quite á las estrellas su luz, así como en comparación de tu luz son tinieblas los mas claros espíritus. Obra tuya es que la luna, luz de la noche, vive á veces y muere, y torna llena despues, y concluye su vuelta. Por tí el círculo que llamamos zodiaco, y aquella danza, como si dijésemos tan ordenada del cielo, pone sazón y debidas leyes al año, mezclando sus partes entre sí, y templándolas como sin sentir, con dulzura. Las estrellas, así las fijas como las que andan y tornan, son pregoneros de tu saber admirable. Luz tuya son todos aquellos entendimientos del cielo, que celebran la Trinidad con sus cantos. También el hombre es tu gloria, que colocaste en la tierra como ángel tuyo pregonero y cantor. ¡Oh lumbre clarísima, que por mí disimulas tu gran resplandor! Oh inmortal, y mortal por mi causa! Engendrado dos veces, alteza libre de carne, y á la postre, para mi remedio, de carne vestida. A tí vivo, á tí hablo, soy víctima tuya; por tí la lengua encadeno, y agora por tí la desato; y pídotte, Señor, que me des callar y hablar como debo.—

»Mas oigamos algo de los regalos de nuestro ena-

(a) En un himno de Cristo.

morado Agustino. — ¿Quién me dará, dice (b), Señor, que repose yo en tí? Quién me dará que vengas tú, Señor, á mi pecho y que le embriagues, ó que olvide mis males y que abrace á tí solo, mi bien? Quién eres, Señor, para mí (dame licencia que hable), ó quién soy yo para tí? ¿Qué mandas que te ame, y si no lo hago te enojas conmigo y me amenazas con grandes miserias, como si fuese pequeña el mismo no amarte? ¡Ay triste de mí! Dime por tus piedades, Señor y Dios mío, quién eres para mí. Dí á mi alma: Yo soy tu salud. Dilo como lo oia; ves delante de tí mis oídos del alma; tú les abre, Señor, y dile á mi espíritu: Yo soy tu salud. Correré en pos desta voz y asiréte. No quieras, Señor, esconderme tu cara. Moriré para no morir si la viere. Estrecha casa es mi alma para que á ella vengas, mas ensánchala tú. Caediza es, mas tú la repara. Cosas tiene que ofenderán á tus ojos; sélo y confíeselo. Mas ¿quién la hará limpia, ó á quién vocearé sino á tí? Límpiame, Señor, de mis encubiertas y perdona á tu siervo sus demasías.—

»No tiene este cuento fin, porque se acabará primero la vida que el referir todo lo que los amadores de Cristo le dicen para demostración de lo que le aman y quieren. Baste por todos lo que la Esposa dice, que sustenta la persona de todos. Porque si el amor se manifiesta con palabras, ó las suyas lo manifiestan, ó no lo manifiestan ningunas. Comienza desta manera (c):— Béseme de besos de su boca; que mejores son tus amores que el vino.—Y prosigue diciendo:—Llévame en pos de tí, y correrémos.—Y añade:—Dime, oh amado del alma, adónde sesteas y adónde apacientas al mediodía.—Y repite despues:—Ramillete de flores de mirra el mi amado para mí, pondréle entre mis pechos.—Y despues, siendo alabada dél, le responde (d):—Oh, cómo eres hermoso, amado mío, y gentil, y florida nuestra cama, y de cedros los techos de nuestros retretes.—Y compáralo al manzano, y dice cuánto deseó estar asentada á su sombra y comer de su fruta. Y desmáyase luego de amor; y desmayándose dice que la socorran con flores, porque desfallece, y pide que el amado la abrace, y dice en la manera cómo quiere ser abrazada. Dice que le buscó en su lecho de noche, y que no le hallando levantada, salió de su casa en su busca, y que rodeó la ciudad acuitada y ansiosa, y que le halló, y que no le dejó hasta tornarle á su casa. Dice que en otra noche salió también á buscarle, que le llamó por las calles á voces, que no oyó su respuesta, que la maltrataron las rondas, que les dijo á todos los que oyeron sus voces (e):—Conjúroos, ¡oh hijas de Jerusalem! si sabréis de mi amado, que le digais que desfallece de amor.—Y despues de otras muchas cosas, le dice:—Vén, amado mío, y salgamos al campo, hagamos vida en la aldea, madrugaremos por la mañana á las viñas; verémos si da fruto la viña, si está en cierce la uva, si florecen los granados, si las mandrágoras esparcen olor. Allí te daré mis amores; que todos los frutos, así los de guarda como los de no guarda, los guardo yo para tí.—Y finalmente, abrasándose en vivo amor toda, concluye y le dice (f):—¿Quién te me dará á tí como

(b) En las Confesiones, lib. 1, cap. 5. (c) Cant., 1, v. 1.
(d) Cant., v. 17. (e) Ibidem, 2, v. 7. (f) Ibidem, 8, v. 2.

hermano mío mamante los pechos de mi madre? Hallárate fuera, besárate, y no me despreciaría ninguno, no haría befa de mí; asiria de tí, meteriate en casa de mi madre, avezaríasme, y daríate yo del adobado vino y del arroje de las granadas, tu izquierda debajo de mi cabeza y tu derecha me ceñiría en derredor.—

»Pero excusadas son las palabras adonde vocean las obras, que siempre fueron los testigos del amor verdaderos. Porque ¿qué hombre jamás, no digo muchos hombres, sino un hombre solo, por mas amigo suyo que fuese, hizo las pruebas de amor que hacen y harán innumerables gentes por Cristo en cuanto los siglos duraren? Por amor deste amado, y por agradarle, ¿qué prueba no han hecho de sí infinitas personas? Han dejado sus naturales, hanse despojado de sus haciendas, hanse desterrado de todos los hombres, hanse desencarnado de todo lo que se parece y ve, de sí mismos, de todo su querer y entender hacen cada dia renunciacion perfectísima. Y si es posible enajenarse un hombre de sí, y dividirse de sí misma nuestra alma, y en la manera que el espíritu de Dios lo puede hacer, y nuestro saber no lo entiende, se enajenan y se dividen amándole. Por él les ha sido la pobreza riqueza, y paraíso el desierto, los tormentos de leite y las persecuciones descanso; y para que viva en ellos su amor, escogen el morir ellos á todas las cosas, y llegan á desfigurarse de sí, hechos como un sugeto puro sin figura ni forma, para que el amor de Cristo sea en ellos la forma, la vida, el ser, el parecer, el obrar; y finalmente, para que no se aparezca en ellos mas de su amado. Que es sin duda el que solo es amado por excelencia entre todo.

»¡Oh grandeza de amor! Oh el deseo único de todos los buenos! Oh fuego dulce por quien se abrasan las almas! Por tí, Señor, las tiernas niñas abrazaron la muerte, por tí la flaqueza femenil holló sobre el fuego, tus dulcísimos amores fueron los que poblaron los yermos. Amándote á tí, oh dulcísimo bien, se enciende, se apura, se esclarece, se levanta, se arroba, se anega el alma, el sentido, la carne.» Y paró Marcelo aquí, quedando como suspenso, y poco despues, abajando la vista al suelo y encogiéndose todo, «Gran osadía, dice, mía es querer alcanzar con palabras lo que Dios hace en el ánima que ama á su Hijo, y la manera como es amado y cuánto es amado. Basta para que se entienda este amor, saber que es don suyo el amarle, y basta conocer que en el amarle consiste nuestro bien todo, para conocer que el amor suyo, que vive en nosotros, no es una grandeza sola, sino un amontonamiento de bienes y de dulzuras y de grandezas innumerables, y que es un sol vestido de resplandores, que por mil maneras hermosean el alma. Y para ver que se nombra debidamente Cristo el Amado hasta saber que le ama Dios únicamente. Quiero decir que no solamente le ama mucho mas que á otra cosa ninguna, sino que á ninguna ama sino por su respeto, ó para decirlo como es, porque no ama sino á Cristo en las cosas que ama. Porque su semejanza de Cristo, en la cual por medio de la gracia, que es imagen de Cristo, se transforma nuestra alma, y el mismo espíritu de Cristo, que en ella vive, y así la hace una cosa con Cristo, es lo que satisfáce á Dios en nosotros.

Por donde solo Cristo es el Amado, por cuanto todos los amados de Dios son Jesucristo, por la imagen suya que tienen impresa en el alma, y porque Jesucristo es la hermosura con que Dios hermosea, conforme á su gusto, á todas las cosas, y la salud con que les da vida, y por eso se llama Jesus, que es el nombre de que dirémos agora.» Y calló Marcelo, y habiendo tomado algun reposo, tornó á hablar desta manera, puestos en Sabino los ojos.

§. IV.

Qué significa, y cómo le conviene solo á Cristo el nombre de Jesus, y de cómo es su nombre propio en cuanto hombre.

«El nombre de Jesus, Sabino, es el propio nombre de Cristo, porque los demás que se han dicho hasta agora, y otros muchos que se pueden decir, son nombres comunes suyos, que se dicen dél por alguna semejanza que tiene con otras cosas, de las cuales también se dicen los mismos nombres. Los cuales y los propios difieren, lo uno, en que los propios, como la palabra lo dice, son particulares de uno, y los comunes competen á muchos; y lo otro, que los propios, si están puestos con arte y con saber, hacen significacion de todo lo que hay en su dueño, y son como imágenes suyas, como al principio dijimos; mas los comunes dicen algo de lo que hay, pero no todo. Así que, pues Jesus es nombre propio de Cristo, y nombre que se le puso Dios por la boca del ángel, por la misma razon no es como los demás nombres, que le significan por partes, sino como ninguno de los demás, que dice todo lo dél, y que es como una figura suya, que nos pone en los ojos su naturaleza y sus obras; que es todo lo que hay y se puede considerar en las cosas. Mas conviene advertir que Cristo, así como tiene dos naturalezas, así también tiene dos nombres propios: uno segun la naturaleza divina en que nace del Padre eternamente, que solemos en nuestra lengua llamar Verbo ó palabra; otro segun la humana naturaleza, es el que pronunciamos Jesus. Los cuales, ambos son, cada uno conforme á su cualidad, retratos de Cristo perfectos y enteros. Retratos, digo, enteros, que cada uno en su parte dice todo lo que hay en ella cuanto á un nombre es posible. Y digamos de ambos y de cada uno por sí.

»Y presupongamos primero que en estos dos nombres unos son los originales y otros son los trasladados. Los originales son aquellos mismos que reveló Dios á los profetas, que los escribieron en la lengua que ellos sabian, que era sira ó hebreá. Y así en el primer nombre que decimos palabra, el original es Dabar, y en el segundo nombre Jesus, el original es Jehosuah; pero los trasladados son estos mismos nombres en la manera como en otras lenguas se pronuncian y escriben. Y porque sea mas cierta la doctrina, dirémos de los originales nombres. De los cuales, en el primero, Dabar, digo que es propio nombre de Cristo segun la naturaleza divina, no solamente porque es así de Cristo, que no conviene ni al Padre ni al Espíritu Santo, sino también porque todo lo que por otros nombres se dice dél, lo significa solo este. Porque Dabar no dice una cosa sola, sino una muchedumbre de cosas; y dícelas como quiera y por do quiera que le miremos, ó junto á

todo él, ó á sus partes cada una por sí, á sus sílabas y á sus letras. Que lo primero, la primera letra, que es *D*, tiene fuerza de artículo, como *el* en nuestro español; y el oficio del artículo es reducir á ser lo comun y como demostrar y señalar lo confuso, y ser guía del nombre, y darle su cualidad y su linaje, y levantarle de quilates y añadirle excelencia; que todas ellas son obras de Cristo, segun que es la palabra de Dios; porque él puso ser á las cosas todas, y nos las sacó á luz y á los ojos, y les dió su razón y su linaje; porque él en sí es la razón y la proporción y la compostura y la consonancia de todas, y las guía él mismo, y las repara si se empeoran, y las levanta y las sube siempre y por sus pasos á grandísimos bienes.

»Y la segunda letra, que es *B*, como san Jerónimo enseña, tiene significación de edificio, que es también propiedad de Cristo, así por ser el edificio original y como la traza de todas las cosas, las que Dios tiene edificadas y las que puede edificar, que son infinitas, como porque fué el obrero dellas. Por donde también es llamado *tabernáculo* en la Sagrada Escritura, como Gregorio Niseno dice:—Tabernáculo es el Hijo de Dios unigénito, porque contiene en sí todas las cosas; el cual también fabricó tabernáculo de nosotros.—Porque, como decíamos, todas las cosas moraron en él eternamente antes que fuesen, y cuando fueron ellas sacó á luz y las compuso para morar él en ellas. Por manera que, así como él es casa, así ordenó que también fuese casa lo que nacía dél, y que de un tabernáculo naciese otro tabernáculo, y de un edificio otro, y que lo fuese uno para el otro y á veces. El es tabernáculo porque nosotros vivimos en él, nosotros lo somos porque él mora en nosotros. Y la rueda está en medio la rueda, y los animales en las ruedas, y las ruedas en los animales, como Ezequiel escribía (*a*); y están en Cristo ambas las ruedas, porque en él está la divinidad del Verbo y la humanidad de su carne, que contiene en sí la universalidad de todas las criaturas ayuntadas y hechas una, en la forma que otras veces he dicho.

»La tercera letra de *Dabar* es la *R*, que, conforme al mismo doctor san Jerónimo, tiene significación de cabeza ó principio, y Cristo es principio por propiedad. Y él mismo se llama principio en el Evangelio, porque en él se dió principio á todas las cosas, porque, como muchas veces decimos, es el original dellas, que no solamente demuestra su razón y figura su ser, sino que les da el ser y la substancia haciéndolas. Y es principio también, porque en todos los linajes de preeminencias y de bienes tiene él la preeminencia y el lugar mas aventajado, ó por decir la verdad, en todos los bienes es la cabeza de aquel bien, y como la fuente de donde mana y se deriva y se comunica á los demás que lo tienen. Como escribe san Pablo (*b*), que es el principio y que en todo tiene las primicias. Porque en la orden del ser, él es el principio de quien les viene el ser á los otros; y en la orden del buen ser, él mismo es la cabeza que todo lo gobierna y reforma. Pues en el vivir es el manantial de la vida; en el resucitar, el primero que resucita su carne, y el que es virtud para

(a) Ezech., 1, v. 16. (b) Colos., 1, v. 15.

que las demás resuciten; en la gloria, el padre y el Océano della; en los reyes, el Rey de todos, y en los sacerdotes, el sacerdote sumo que jamás desfallece; entre los fieles, su pastor; en los ángeles, su príncipe; en los rebeldes ó ángeles ó hombres, su señor poderoso; y finalmente, él es el principio por donde quiera que le miremos. Y aun también la *R* significa, segun el mismo doctor, el espíritu, que aunque es nombre que conviene á todas las tres personas, y que se apropia al Espíritu Santo, por señalar la manera como se espira y procede; pero dicese Cristo espíritu, demás de lo comun, por cierta particularidad y razón; lo uno, porque el ser esposo del alma es cosa que se atribuye al Verbo, y el alma es espíritu, y así conviene que él lo sea y se lo llame, para que sea alma del alma y espíritu del espíritu; lo otro, porque en el ayuntamiento que con ella tiene guarda bien las leyes y la condición del espíritu, que se va y se viene, y se entra y se sale, sin que sepa cómo ni por dónde; como san Bernardo, hablando de sí mismo, lo dice con maravilloso regalo. Y quiero referir sus palabras, para que gustéis su dulzura.

»—Confieso, dice (*c*), que el Verbo ha venido á mí muchas veces, aunque no es cordura el decirlo. Mas con haber entrado veces en mí, nunca sentí cuando entraba. Sentíle estar en mi alma, acuérdomme que le tuve conmigo, y alguna vez pude sospechar que entraría, mas nunca le sentí ni entrar ni salir. Porque, ni aun agora puedo alcanzar de dónde vino cuando me vino, ni adónde se fué cuando me dejó, ni por dónde entró ó salió de mi alma. Conforme á aquello que dice (*d*):—No sabréis de dónde viene ni adónde se va.—Y no es cosa nueva, porque él es á quien dicen (*e*):—Y la huella de tus pisadas no será conocida.—Verdaderamente él no entró por los ojos, porque no es sujeto á color; ni tampoco por los oídos, porque no hizo sonido; ni menos por las narices, porque no se mezcló con el aire; ni por la boca, porque ni se bebe ni se come; ni con el tacto le sentí, porque no es tal que se toca. ¿Por dónde pues entró? O por ventura no entró, porque no vino de fuera, que no es cosa alguna de las que están por defuera. Mas ni tampoco vino de dentro de mí, porque es bueno, y yo sé que en mí no hay cosa que buena sea. Subí pues sobre mí, y hallé que este Verbo aun estaba mas alto. Descendí debajo de mí, inquisidor curioso, y también hallé que aun estaba mas bajo. Si miré á lo de fuera, vile aun mas fuera que todo ello. Si me volví para dentro, halléle dentro también. Y conocí ser verdad lo que había leído (*f*):—Que vivimos en él y nos movemos en él y somos en él. Y dichoso aquel que á él vive y se mueve.—Mas preguntará alguno: Si es tan imposible alcanzarle y entenderle sus pasos, ¿de dónde sé yo que estuvo presente en mi alma? Porque es eficaz y vivo este Verbo, y así luego que entró, despertó mi alma, que se dormía. Movió y ablandó y llagó mi corazón, que estaba duro y de piedra y mal sano. Comenzó luego á arrancar y á deshacer, y á edificar y á plantar, á regar lo seco y á resplandecer en lo obscuro, á traer lo torcido á derecho y á convertir las asperezas en caminos muy llanos, de arte que

(c) Homil. 74 in Cantica. (d) Joan, 5, v. 8. (e) Psalm. 76, v. 20. (f) Actor., 17, v. 20.

bendicen al Señor mi alma, y todas mis entrañas á su santísimo nombre. Así que, entrando el Verbo esposo algunas veces á mí, nunca me dió á conocer que entraba con ningunas señas, no con voz, no con figura, no con sus pasos. Finalmente no me fué notorio por ningunos movimientos suyos ni por ningunos sentidos míos el haberseme lanzado en lo secreto del pecho. Solamente, como he dicho, de lo que el corazón me bullia entendí su presencia. De que huían los vicios, y los afectos carnales se detenían, conocí la fuerza de su poder. De que traía á luz mis secretos, y los discutía y redargüía, me admiré de la alteza de su sabiduría. De la enmienda de mis costumbres, cualquiera que ella se sea, experimenté la bondad de su mansedumbre. De la renovación y reformación del espíritu de mi alma, esto es, del hombre interior, percibí como pude la hermosura de su belleza. Y de la vista de todo esto juntamente, quedé asombrado de la muchedumbre de sus grandezas sin cuento. Mas porque todas estas cosas, luego que el Verbo se aparta, como cuando quitan el fuego á la olla que hierve, comienzan con una cierta flaqueza á caerse torpes y frias, y por aquí, como por señal, conocia yo su partida, fuerza es que mi alma quede triste, y lo esté hasta que otra vez vuelva y torne, como solía, á calentarse mi corazón en mí mismo, y conozca yo así su tornada.—Esto es de Bernardo.

»Por manera que el nombre *Dabar* en cada una de sus letras significa alguna propiedad de las que Cristo tiene, y si juntamos las letras en sílabas, lo significa mejor, porque las que tiene son dos *da* y *bar*, que juntamente quieren decir el hijo, ó este es el hijo, que, como Juliano agora decía, es lo propio de Cristo; y á lo que el Padre aludió cuando desde la nube y en el monte de la gloria de Cristo dijo á los tres escogidos discípulos:—Este es mi hijo;—que fué como decir: Es *Dabar*, es el que nació eterna é invisiblemente de mí, nacido agora rodeado de carne y visible. Y como haya muchos nombres que significan el hijo en la lengua desta palabra, á ella con misterio le cupo este solo, que es *bar*, que tiene origen de otra palabra que significa el sacar á luz y el criar, porque se entienda que el hijo que dice y que significa este nombre, es hijo que saca á luz y que cria, ó si lo podemos decir así, es hijo que abija á los hijos, y que tiene la filiación en sí de todos. Y aun si leemos al revés este nombre, nos dirá también alguna maravilla de Cristo. Porque *bar*, vuelto y leído al contrario es *rab*, y *rab* es muchedumbre y ayuntamiento, ó amontonamiento de muchas cosas excelentes en una, que es puntualmente lo que vemos en Cristo, segun que es Dios y segun que es hombre. Porque en su divinidad están las ideas y las razones de todo, y en su humanidad las de todos los hombres, como ayer en sus lugares se dijo.

»Mas vengamos á todo el nombre junto por sí, y veamos lo que significa, ya que habemos dicho lo que nos dicen sus partes; que no son menos maravillosas las significaciones de todo él que las de sus letras y sílabas; porque *Dabar* en la Sagrada Escritura dice muchas y diferentes grandezas. Que lo primero, *Dabar* significa el verbo que concibe el entendimiento en sí mismo, que es una como imagen entera é igual de la cosa

que entiende. Y Cristo en esta manera es *Dabar*, porque es la imagen que de sí concibe y produce cuando se entiende su Padre. Y *Dabar* significa también la palabra que se forma en la boca, que es imagen de lo que el ánimo esconde. Y Cristo también es *Dabar*, así porque no solamente es imagen del Padre escondida en el Padre, y para solos sus ojos, sino es imagen suya para todos, é imagen que nos le representa á nosotros, é imagen que le saca á luz y que le imprime en todas cosas que cria. Por donde san Pablo (*a*) convenientemente le llama «sello del Padre»; así porque el Padre se sella en él y se dibuja del todo, como porque imprime él como sello en todo lo que cria, y repara la imagen dél que en sí tiene. Y *Dabar* también significa la ley y la razón, y lo que pide la costumbre y estilo, y finalmente el deber en lo que se hace, que son todas cualidades de Cristo, que es segun la divinidad la razón de las criaturas, y la orden de su compostura y su fábrica, y la ley por quien deben ser medidas, así en las cosas naturales como en las que exceden lo natural, y es el estilo de la vida y de las obras de Dios, y el deber á que tienen de mirar todas las cosas que no quieren perderse; porque lo que todas hacer deben es, el allegarse á Cristo y el figurarse dél y el ajustarse siempre con él. Y *Dabar* también significa el hecho señalado que de otro procede, y Cristo es la mas alta cosa que procede de Dios, y en lo que el Padre enteramente puso sus fuerzas, y en quien se traspasó y comunicó cabalmente. Y si lo debemos decir así, es la grandísima hazaña y la única hazaña del Padre, preñada de todas las demás grandezas que el Padre hace, porque todas las hace por él. Y así es luz nacida de luz, y fuente de todas las luces, y sabiduría de sabiduría nacida, y manantial de todo el saber y poderío, y grandeza y excelencia, y vida é inmortalidad, y bienes sin medida ni cuenta, y abismo de noblezas inmensas, nacidas de iguales noblezas, y engendradoras de todo lo poderoso y grande y noble que hay. Y *Dabar* dice todo aquesto que he dicho, porque significa todo lo grande y excelente y digno de maravilla que de otro procede.

»Y significa también, y con esto concluyo, cualquiera cosa de ser, y por la misma razón el ser mismo y la realidad de las cosas, y así Cristo debidamente es llamado por nombre propio *Dabar*, porque es la cosa que mas es de todas las cosas, y el ser primero y original de donde les mana á las criaturas su ser, su substancia, su vida, su obra. Y esto cuanto á *Dabar*; que justo es que digamos ya de *Jesus*, que, como decimos, también es nombre de Cristo propio, y que le conviene segun la parte que es hombre; porque, así como *Dabar* es nombre propio suyo segun que nace de Dios, por razón de que este nombre solo con sus muchas significaciones dice de Cristo lo que otros muchos nombres juntos no dicen; así *Jesus* es su propio nombre segun la naturaleza humana que tiene, porque con una significación y figura que tiene sola dice la manera del ser de Cristo hombre, y toda su obra y oficio, y le representa y significa mas que otro ninguno. A lo cual mirará todo lo que desde agora dijere. Y no diré del número de las letras que tiene este nombre, ni de la pro-

(a) Hebr., 1, v. 3.

piedad de cada una dellas por sí, ni de la significacion singular de cada una, ni de lo que vale en razon de aritmética, ni del número que resulta de todas, ni del poder ni de la fuerza que tiene este número, que son cosas que las consideran algunos y sacan misterios dellas, que yo no condeno; mas déjolas porque muchos las dicen, y porque son cosas menudas y que se pintan mejor que se dicen. Sola una cosa destas diré, y es, que el original deste nombre *Jesus*, que es *Jehosuah*, como arriba dijimos, tiene todas las letras de que se compone el nombre de Dios, que llaman de cuatro letras, y demás dellas, tiene otras dos. Pues como sabeis, el nombre de Dios, de cuatro letras, que se encierra en este nombre, es nombre que no se pronuncia, ó porque son vocales todas, ó porque no se sabe la manera de su sonido, ó por la religión y respeto que debemos á Dios, ó porque, como yo algunas veces sospecho, aquel nombre y aquellas letras hacen la señal con que el mundo, que hablar no puede, ó cualquiera que no osa hablar significa su afecto y mudéz con un sonido rudo y desatado y que no hace figura, que llamamos interjecion en latin, que es una voz tosca, y como si dijésemos, sin rostro y sin facciones ni miembros. Que quiso Dios dar por su nombre á los hombres la señal y el sonido de nuestra mudéz, para que entendiésemos que no cabe Dios ni en el entendimiento ni en la lengua, y que el verdadero nombrarle es confesarse la criatura por muda todas las veces que le quisiere nombrar, y que el embarazo de nuestra lengua y el silencio nuestro cuando nos levantamos á él es su nombre y loor, como David lo decia (a). Asi que es nombre inefable y que no se pronuncia este nombre.

»Mas, aunque no se pronuncia en sí, ya veis que en el nombre de *Jesus*, por razon de dos letras que se le añaden, tiene pronunciacion clara y sonido formado y significacion entendida, para que acontezca en el nombre lo mismo que pasó en Cristo, y para que sea, como dicho tengo, retrato el nombre del ser. Porque por la misma manera en la persona de Cristo se junta la divinidad con el alma y con la carne del hombre, y la palabra divina, que no se leía, junta con estas dos letras se lee, y sale á luz lo escondido, hecho conversable y visible, y es Cristo un *Jesus*, esto es, un ayuntamiento de lo divino y humano, de lo que no se pronuncia y de lo que pronunciarse puede, y es causa que se pronuncie lo que se junta con ello. Mas en esto no pasemos de aquí, sino digamos ya de la significacion del nombre de *Jesus*, cómo él conviene á Cristo, y cómo es solo de Cristo, y cómo abraza todo lo que dél se dice, y las muchas maneras como aquesta significacion le conviene. *Jesus* pues significa salvacion ó salud, que el ángel así lo dijo (b). Pues si se llama salud Cristo, cierto será que lo es, y si lo es, que lo es para nosotros; porque para sí no tiene necesidad de salud el que en sí no padece falta ni tiene miedo de padecerla. Y si para nosotros Cristo es *Jesus* y salud, bien se entiende que tenemos enfermedad nosotros para cuyo remedio se ordena la salud de *Jesus*. Veamos pues la cualidad de nuestro estado miserable, y el número de nuestras flaquezas, y los daños y males nuestros; que dellos cono-

(a) Psalm. 138, v. 4. (b) Luc., 1, v. 31.

cerémos la grandeza desta salud y su condicion, y la razon que tiene Cristo para que el nombre *Jesus*, entre tantos nombres suyos, sea su propio nombre.

»El hombre de su natural es movedizo y liviano y sin constancia en un ser, y por lo que heredó de sus padres, es enfermo en todas las partes de que se compone su alma y su cuerpo; porque en el entendimiento tiene obscuridad, y en la voluntad flaqueza, y en el apetito perversa inclinacion, y en la memoria olvido, y en los sentidos, en unos engaño y en otros fuego, y en el cuerpo muerte, y desórden entre todas estas cosas que he dicho, y disensiones y guerra, que le hacen ocasionado á cualquiera género de enfermedad y de mal. Y lo que peor es, heredó la culpa de sus padres, que es enfermedad en muchas maneras, por la fealdad suya que pone, y por la luz y la fuerza de la gracia que quita, y porque nos enemista con Dios, que es fiero enemigo, y porque nos sujeta al demonio y nos obliga á penas sin fin. A esta culpa comun añade cada uno las suyas, y para ser del todo miserables, como malos enfermos, ayudamos el mal, y nos llamamos la muerte con los excesos que hacemos. Por manera que nuestro estado, de nuestro nacimiento, y por la mala eleccion de nuestro albedrío, y por las leyes que Dios contra el pecado puso, y por las muchas cosas que nos convidan siempre á pecar, y por la tiranía cruel y el cetro durísimo que el demonio sobre los pecadores tiene, es infelicísimo y miserable estado sobre toda manera, por donde quiera que le miremos. Y nuestra enfermedad no es una enfermedad, sino una suma sin número de todo lo que es doloroso y enfermo.

»El remedio de todos estos males es Cristo, que nos libra dellos en las formas que ayer y hoy se ha dicho en diferentes lugares; y porque es el remedio de todo ello, por eso es y se llama *Jesus*, esto es, salvacion y salud. Y es grandísima salud, porque la enfermedad es grandísima, y nómbrese propiamente de ella, porque como la enfermedad es de tantos senos y enramada con tantos ramos, todos los demás oficios de Cristo y los nombres que por ellos tiene son como partes que se ordenan á esta salud, y el nombre de *Jesus* es el todo, segun que todo lo que significan los otros nombres, ó es parte desta salud que es Cristo y que Cristo hace en nosotros, ó se ordena á ella ó se sigue della por razon necesaria. Que si es llamado pimpollo Cristo, y si es, como decíamos, el parto comun de las cosas, ellas sin duda le parieron para que fuese su *Jesus* y salud. Y así Isaias, cuando les pide que lo paran y que lo saquen á luz, y les dice (c):—Rociad, cielos, dende lo alto, y vos, nubes, lloved al Justo;—luego dice el fin para que le ban de parir; porque añade:—Y tú, tierra, fructificarás la salud.—Y si es «faces de Dios», eslo porque es nuestra salud, la cual consiste en que nos asemejemos á Dios y le veamos, como Cristo lo dice (d):—Esta es la vida eterna, conocerte á tí y á tu Hijo.—Y tambien si le llamamos Camino y si le nombramos Monte, es camino porque es guía, y es monte porque es defensa; y cierto es que no nos fuera *Jesus* si no nos fuera guía y defensa; porque la salud, ni se viene á ella sin guía, ni se conserva sin defensa.

(c) Isai., 45, v. 8. (d) Joan., 17, v. 3.

»Y de la misma manera es llamado Padre del siglo futuro, porque la salud que el hombre pretende no se puede alcanzar si no es engendrado otra vez. Y así, Cristo no fuera nuestro *Jesus* si primero no fuera nuestro engendrador y nuestro padre. Tambien es brazo y rey de Dios y príncipe de paz, brazo para nuestra libertad, rey y príncipe para nuestro gobierno, y lo uno y lo otro, como se ve, tiene órden á la salud; lo uno que se le presupone, y lo otro que la sustenta. Y así, porque Cristo es *Jesus*, por el mismo caso es brazo y es rey. Y lo mismo podemos decir del nombre de Esposo; porque no es perfecta la salud sola y desnuda si no la acompaña el gusto y deleite. Y esta es la causa por qué Cristo, que es perfecto *Jesus* nuestro, es tambien nuestro esposo, conviene á saber, es el deleite del alma y su compañía dulce, y será tambien su marido, que engendrará della y en ella generacion casta y noble y eterna; que es cosa que nace de la salud entera y que de ella se sigue. De arte que diciendo que se llama Cristo *Jesus*, decimos que es esposo y rey, y príncipe de paz y brazo, y monte y padre, y camino y pimpollo; y es llamarle, como tambien la Escritura le llama, pastor y oveja, hostia y sacerdote, leon y cordero; vid, puerta, médico, luz, verdad y sol de justicia, y otros nombres así.

»Porque si es verdaderamente *Jesus* nuestro, como lo es, tiene todos estos oficios y títulos, y si le faltaran no fuera *Jesus* entero ni salud cabal, así como nos es necesaria. Porque nuestra salud, presupuesta la condicion de nuestro ingenio, y la cualidad y muchedumbre de nuestras enfermedades y daños, y la corrupcion que habia en nuestro cuerpo, y el poder que por ella tenia en nuestra alma el demonio, y las penas á que la condenaban sus culpas, y el enojo y la enemistad contra nosotros de Dios, no podia hacerse ni venir á colmo si Cristo no fuera pastor que nos apacentara y guiara, y oveja que nos alimentara y vistiera, y hostia que se ofreciera por nuestras culpas, y sacerdote que interviniera por nosotros y nos desenojara á su Padre, y leon que despedazara al leon enemigo, y cordero que llevara sobre sí los pecados del mundo, y vid que nos comunicara su jugo, y puerta que nos metiera en el cielo, y médico que curara mil llagas, y verdad que nos sacara de error, y luz que nos alumbrara los piés en la noche desta vida oscurísima, y finalmente sol de justicia, que en nuestras almas, ya libres por él, naciendo en el centro dellas, derramara por todas las partes dellas sus lucidos rayos para hacerlas claras y hermosas. Y así, el nombre de *Jesus* está en todos los nombres que Cristo tiene, porque todo lo que en ellos hay se endereza y encamina á que Cristo sea perfectamente *Jesus*. Como escribe bien san Bernardo, diciendo:

»—Dice Isaias: Será llamado admirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de paz. Ciertamente grandes nombres son estos, mas ¿qué se ha hecho del nombre que es sobre todo nombre, el nombre de *Jesus*, á quien se doblan todas las rodillas? Sin duda hallarás este nombre en todos estos nombres que he dicho, pero derramado por cierta manera, porque dél es lo que la Esposa amorosa dice: «Ungüento derramado tu nombre.» Porque de todos aquestos nombres resulta un nombre, *Jesus*, de manera que no lo fuera

ni se lo llamara si alguno dellos le faltara por caso. ¿Por ventura cada uno de nosotros no ve en sí y en la mudanza de sus voluntades que se llama Cristo admirable? Pues eso es ser *Jesus*. Porque el principio de nuestra salud es, cuando comenzamos á aborrecer lo que antes amábamos, dolernos de lo que nos daba alegría, abrazarnos con lo que nos ponía temor, seguir lo que huíamos, y desear con ansia lo que desechábamos con enfado. Sin duda admirable es quien hace tan grandes maravillas. Mas conviene que se muestre tambien consejero en el escoger de la penitencia y en el ordenar de la vida, porque acaso no nos lleve el celo demasiado, ni le falte prudencia al buen deseo. Pues tambien es menester que experimentemos que es Dios, conviene á saber, en el perdonar lo pasado, porque no hay sin este perdon salud, ni puede nadie perdonar pecados sino es solo Dios. Mas ni aun esto basta para salvarnos, si no se nos mostrare ser fuerte, defendiéndonos de quien nos guerrea, para que no venzan los antiguos deseos, y sea peor que lo primero lo postrero. ¿Parécenos que falta algo para quien es por nombre y por oficio *Jesus*? Sin duda faltara una cosa muy grande si no se llamara y si no fuera padre del siglo futuro, para que engendre y resucite á la vida sin fin á los que somos engendrados para la muerte por los padres deste presente siglo. Ni aun esto bastara si, como príncipe de paz, no nos pacificara á su Padre, á quien hará entrega del reino.—

»De lo cual todo san Bernardo concluye que los nombres que Cristo tiene son todos necesarios para que se llame enteramente *Jesus*; porque para ser lo que este nombre dice, es menester que tenga Cristo y que haga lo que significan todos los otros nombres. Y así, el nombre de *Jesus* es propio nombre suyo entre todos. Y es suyo propio tambien porque, como el mismo Bernardo dice, no le es nombre postizo, sino nacido nombre, y nombre que le trae embebido en el ser, porque, como dirémos en su lugar, su ser de Cristo es *Jesus*, porque todo cuanto en Cristo hay es salvacion y salud. La cual, demás de lo dicho, quiso Cristo que fuese su nombre propio, para declararnos su amor. Porque no escogió para nombrarse ningun otro título suyo de los que no miran á nosotros, teniendo tantas grandezas en sí, cuanto es justo que tenga en quien, como san Pablo dice, reside de asiento y como corporalmente toda la riqueza divina; sino escogió para su nombre propio lo que dice los bienes que en nosotros hace y la salud que nos da, mostrando clarísimamente lo mucho que nos ama y estima, pues de ninguna de sus grandezas se precia ni hace nombre sino de nuestra salud. Que es lo mismo que á Moisen dijo en el *Exodo*, cuando le preguntaba su nombre, para poder decir á los hijos de Israel que Dios le enviaba, porque dice allí así (a):—Desta manera dirás á los hijos de Israel: El señor Dios de vuestro padre, Dios de Abraham y Dios de Isaac y Dios de Jacob, me envia á vosotros; que este es mi nombre para siempre, y mi apellido en la generacion de las generaciones.—Dice que es su nombre Dios de Abraham, por razon de lo que hasta agora ha hecho y hará siempre por sus hijos de Abraham, que son todos los que tienen su

(a) Exod., 3, v. 15.

fe. Dios que nace de Abrahan, que gobierna á Abrahan, que lo defiende, que lo multiplica, que lo repara y redime y bendice, esto es, Dios que es *Jesus* de Abrahan.

»Y dice que este nombre es el nombre propio suyo, y el apellido que él mas ama, y el título por donde quiere ser conocido y de que usa y usará siempre, y señaladamente en la generacion de las generaciones, esto es, en el renacer de los hombres nacidos y en el salir á la luz de la justicia, los que habian ya salido á esta visible luz llenos de miseria y de culpa, porque en ellos propiamente, y en aquel nacimiento, y en lo que le pertenece y se le sigue, se muestra Cristo á la clara *Jesus*. Y como en el monte, cuando Moisen subió á ver la gloria de Dios, porque Dios le habia prometido mostrársela, cuando le puso en el hueco de la peña, y le cubrió con la mano y le pasó por delante, cuanto mostró á Moisen de sí lo encerró en estas palabras que le dijo (a): —Yo soy amoroso entrañablemente, compasivo, ancho de narices, sufrido y de mucha espera, grande en perdon, fiel y leal en la palabra, y que extendiendo mis bienes por mil generaciones de hombres; — como diciendo que su ser es misericordia, y de lo que se precia es piedad, y que sus grandezas y perfecciones se resumen en hacer bien, y que todo cuanto es y cuanto quiere ser es blandura y amor; así cuando se nos mostró visible á los ojos, no subiendo nosotros al monte, sino descendiendo él á nuestra baja todo lo que de sí nos descubre es *Jesus*. *Jesus* es su ser, *Jesus* son sus obras, *Jesus* es su nombre, esto es, piedad y salud.

»Mas quiso Cristo tomar por nombre propio á la salud, que es *Jesus*; porque salud no es un solo bien, sino una universalidad de bienes innumerables. Porque en la salud están las fuerzas, y la ligereza del movimiento, y el buen parecer, y la habla agradable, y el discurso entero de la razon, y el buen ejercicio de todas las partes y de todas las obras del hombre. El bien oír, el buen ver y la buena dicha y la industria, la salud la contiene en sí misma. Por manera que salud es una preñez de todos los bienes. Y así, porque Cristo es esta preñez verdaderamente, por eso este nombre es el que mas le conviene; porque Cristo, así como en la divinidad es la idea y el tesoro y la fuente de todos los bienes, conforme á lo que poco há se decia, así segun la humanidad tiene todos los reparos y todas las medicinas y todas las saludes que son menester para todos. Y así, es bien y salud universal, no solo porque á todos hace bien, ni solamente porque tiene en sí la salud que es menester para todos los males, sino tambien porque en cada uno de los suyos hace todas las saludes y bienes, y para cada uno le es *Jesus* de innumerables maneras. Porque, aunque entre los justos hay grados, así en la gracia que Dios les da como en el premio que les dará de la gloria, pero ninguno dellos hay que no tenga por Cristo, no solo todos los reparos que son necesarios para librarse del mal, sino tambien todos los bienes que son menester para ser ricos perfectamente. Esto es, que no hay dellos ninguno á quien á la fin *Jesus* no les dé salud perfecta en todas sus potencias y partes, así en el alma y sus fuerzas, como en el cuerpo y sus sentidos.

(a) Exod., 34, v. 6.

»Por manera que en cada uno hace todas las saludes que en todos, limpiando la culpa, dando libertad del tirano, rescatando del infierno, vistiendo con la gracia, comunicando su mismo espíritu, enviando sobre ellas su amparo, y últimamente resucitando y glorificando los sentidos y el cuerpo. Y lo uno y lo otro, las muchas saludes que Cristo hace en cada uno de los suyos y la copia universal que en sí tiene de salud y de *Jesus*, dice David maravillosamente en el verso cuarto del salmo 109, que yo declaré ayer por una manera, y vos, Juliano, poco há lo declarastes en otra, y consinténdolas la letra todas, admite tambien la tercera; porque le podemos muy bien leer así (b): —Tu pueblo noblezas en aquel día; tu ejército (noblezas) en los resplandores santos, que mas que el vientre y mas que la mañana hay en tí rocío de tu nacimiento. — Porque dice que en el día que amanecerá, cuando se acabare la noche deste siglo obscurísimo, que es verdaderamente día porque no camina á la noche, y día porque resplandecerá en él la verdad; y así, será día de resplandores santísimos, porque el resplandor de los justos, que agora se esconde en su pecho dellos, saldrá á luz entonces y se descubrirá en público, y les resplandecerá por los ojos y por la cara y por todos los sentidos del cuerpo; pues en aquel día, que es día, todo el pueblo de Cristo será noblezas. Que llama pueblo de Cristo á los justos solos, porque en la Escritura ellos son los que se llaman pueblo de Dios, dado que Cristo es universal Señor de todas las cosas. Y á los mismos que llama pueblo, llama despues ejército ó escuadron, ó puntualmente, como suena la letra original, poderío de Cristo, segun que en el español antiguo llamaban poderes al ayuntamiento de gentes de guerra. Y llama á los justos así, no porque ellos hacen á Cristo poderoso, como en la tierra los muchos soldados hacen poderosos los reyes, sino porque son prueba del grandísimo poder de Cristo todos juntos y cada uno por sí. Del poder, digo de su virtud, y de la eficacia de su espíritu, y de la fuerza de sus manos no vencidas, con que los sacó de la postrera miseria á la felicidad de la vida.

»Pues este pueblo y escuadron de Cristo lucido, dice que todo es noblezas; porque cada uno dellos es, no una nobleza, sino muchas noblezas; no una salud, sino muchas saludes, por razon de las no numerables saludes que Cristo en ellos pone por su nobleza infinita, cercándolos de salud y levantando por todas sus almenas dellos señal de victoria; lo cual puede bien hacer Jesucristo por lo que se sigue, y es, que tiene en sí rocío de su nacimiento, mas que vientre y mas que aurora; porque rocío llama la eficacia de Cristo y la fuerza del espíritu que da; en las divinas letras suele tener nombre de agua, y llámale rocío de nacimiento, porque hace con él que nazcan los suyos á la buena vida y á la dichosa vida, y nómbrale su nacimiento, porque lo hace él y porque naciendo ellos en él, él tambien nace en ellos. Y dice: —Mas que vientre y mas que aurora,—para significar la eficacia y la copia de aqueste rocío. La eficacia, como diciendo que con el rocío de *Jesus*, que en sí tiene, saca los suyos á luz de vida bienaventurada muy mas presto y muy mas cierto que sale el sol

(b) Psalm. 109, v. 5.

al aurora ó que nace el parto maduro del vientre lleno. Y la copia desta manera: Que tiene Cristo en sí mas rocío de *Jesus* para serlo, que cuanto llueve por las mañanas el cielo, y cuanto envian las fuentes y sus manantiales, que son como el vientre donde se conciben y de donde salen las aguas; y así, son como suena la palabra original, la madre dellas, y en castellano la canal por donde el rio corre decimos que es la madre del rio.

»Pero vamos mas adelante. La salud es un bien que consiste en proporcion y en armonía de cosas diferentes, y es una como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo; y lo mismo es el oficio que Cristo hace, que es otra causa por qué se llama *Jesus*. Porque no solamente segun la divinidad es la armonía y la proporcion de todas las cosas, mas tambien segun la humanidad es la música y la buena correspondencia de todas las partes del mundo. Que así dice el Apóstol (a) que pacifica con su sangre, así lo que está en el cielo como lo que reside en la tierra. Y en otra parte dice tambien (b) que quitó de por medio la division que habia entre los hombres y Dios, y en los hombres entre sí mismos, unos con otros, los gentiles con los judíos, y que hizo de ambos uno; y por lo mismo es llamado «piedra, en el salmo (c), puesta en la cabeza del ángulo». Porque es la paz de todo lo diferente, y el fudo que ata en sí lo visible con lo que no se ve, y lo que concierta en nosotros la razon y el sentido; y es la melodía acordada, y dulce sobre toda manera, á cuyo santo sonido todo lo turbado se aquieta y compone. Y así es *Jesus* con verdad.

»Demás desto, llámase Cristo *Jesus* y salud, para que por este su nombre entendamos cuál es su obra propia y lo que hace señaladamente en nosotros; esto es, para que entendamos en qué consiste nuestro bien y nuestra santidad y justicia, y lo que habemos de pedirle que nos dé, y esperar dél que nos lo dará. Porque, así como la salud en el enfermo no está en los refrigerantes que le aplican por defuera, ni en las epítimas que en el corazon le ponen, ni en los regalos que para su salud ordenan los que le aman y curan, sino consiste en que dentro dél sus cualidades y humores, que excedian el orden, se compongan y se reduzgan á templanza debida; y hecho esto en lo secreto del cuerpo, luego lo que parece defuera, sin que se le aplique cosa alguna se temple, y cobra su buen parecer y su color conveniente; así es salud Cristo, porque el bien que en nosotros hace es como aquesta salud; bien propiamente, no de sola apariencia ni que toca solamente en la sobrehaz y en el cuero, sino bien secreto y lanzado en las venas, y metido y embebido en el alma, y bien, no que solamente pinta las hojas, sino que propia y principalmente mundifica la raíz y la fortifica. Por donde decia bien el Profeta (d): —Regocíjate, hija de Sion, y derrama loores, porque el Santo de Israel está en medio de tí.—Esto es, no al derredor de tí, sino dentro de tus entrañas, en tus tuétanos mismos, en el meollo de tu corazon, y verdaderamente de tu alma en el centro. Porque su obra propia de Cristo es ser salud y *Jesus*, conviene á saber, compo-

(a) Colos., 1, v. 20. (b) Ephes., 2, v. 14. (c) Psalm. 117, v. 22. (d) Isai., 12, v. 6.

ner entre sí y con Dios las partes secretas del alma, concertar sus humores é inclinaciones, apagar en ella el secreto y arraigado fuego de sus pasiones y malos deseos; que el componer por defuera el cuerpo y la cara y el ejercicio exterior de las ceremonias, el ayunar, el disciplinar, el velar, con todo lo demás que á esto pertenece, aunque son cosas santas si se ordenan á Dios, así por el buen ejemplo que reciben dellas los que las miran, como porque disponen y encaminan el alma para que Cristo ponga mejor en ella aquesta secreta salud y justicia que digo; mas la santidad formal y pura, y la que propiamente Cristo hace en nosotros, no consiste en aquella. Porque su obra es salud que consiste en el concierto de los humores de dentro, y esas cosas son posturas y refrigerantes ó fomentaciones de fuera, que tienen apariencia de aquella salud y se enderezan á ella, mas no son ellas mismas como parece; y, como ayer largamente deciamos, todas esas son cosas que otros muchos antes de Cristo, y sin él, las supieron enseñar á los hombres y los inducieren á ellas, y les tasaron lo que habian de comer, y les ordenaron la dieta, y les mandaron que se lavasen y ungiesen, y les compusieron los ojos, los semblantes, los pasos, los movimientos; mas ninguno dellos puso en nosotros salud pura y verdadera, que sanase lo secreto del hombre y lo compusiese y templase, sino solo Cristo, que por esta causa es *Jesus*.

»¿Qué bien dice acerca desto el glorioso Macario! —Lo propio, dice, de los cristianos no consiste en la apariencia y en el traje y en las figuras de fuera, así como piensan muchos, imaginándose que para diferenciarse de los demás les bastan estas demostraciones y señales que digo, y cuanto á lo secreto del alma y á sus juicios, pasa en ellos lo que en los del mundo acontece, que padecen todo lo que los demás hombres padecen: las mismas turbaciones de pensamientos, la misma inconstancia, las desconfianzas, las angustias, los alborotos; y diferéncianse del mundo en el parecer y en la figura del hábito y en unas obras exteriores bien hechas; mas en el corazon y en el alma están presos con las cadenas del suelo, y no gozan en lo secreto, ni de la quietud que da Dios ni de la paz celestial del espíritu; porque ni ponen cuidado en pedirselo, ni confían que le aplacerá dársela. Y ciertamente la nueva criatura, que es el cristiano perfecto y verdadero, en lo que se diferencia de los hombres del siglo es en la renovacion del espíritu y en la paz de los pensamientos y afectos en el amar á Dios, y en el deseo encendido de los bienes del cielo; que esto fué lo que Cristo pidió para los que en él creyeren, que recibiesen estos bienes espirituales. Porque la gloria del cristiano y su hermosura y su riqueza la del cielo es, que vence lo que se puede decir, y que no se alcanza sino con trabajo y con sudor y con muchos trances y pruebas, y principalmente con la gracia divina.

»Esto es de san Macario. Que es tambien aviso nuestro, que por una parte nos enseña á conocer en las doctrinas y caminos de vivir que se ofrecen, si son caminos y enseñanzas de Cristo; y por otra nos dice y como pone delante de los ojos el blanco del ejercicio